

tierra por todos los siglos, y no habrá otro que como el tuyo sea exaltado, bendito é invocado para alcanzar la salvacion!

Hermanos míos; si hoy algun adulador hiciese semejante prediccion á una mujer elevada extraordinariamente por la fortuna á un trono, ¿acaso la creeriais, y la creyera ella misma? Contemplad los terribles acontecimientos de que es teatro la Europa, y con esto os habreis contestado á vosotros mismos. ¡Ah! las orgullosas fortunas de esta tierra son siempre infelices; infelices cuando caen y cuando suben; porque en el mismo acto de subir, está la causa de su caída. «Dios, dice la Virgen, derribó del sόlio á los poderosos y ensalzó á los humildes; colmó de bienes á los hambrientos, y á los ricos los despidió sin nada.» Los poderosos, los soberbios, los ricos, aunque cristianos, pertenecen á la sociedad vieja, á la sociedad que decae, hasta en sus triunfos: y, por el contrario, los que temen á Dios, los humildes, componen la sociedad nueva, vaticinada por María, y fundada por su Hijo Jesucristo; sociedad que durará eternamente, y vivirá siempre feliz. María la predijo, y, en cierto modo, la formó en sí misma; y por esto todas las generaciones la llamaron y la llamarán bienaventurada.

¡Oh, Señor! tambien Tú obraste en nosotros cosas grandes sobre toda ponderacion; pero ¡ah! cuán léjos estamos de mostrarnos agradecidos por ello, cual lo hizo religiosamente tu amada Hija y Madre María! Obraste en nosotros cosas grandes, sacándonos de la nada por sola tu bondad, dándonos un alma hecha á tu imágen y semejanza, capaz de conocerte y de amarte; vistiéndonos de la original justicia y santidad, con que pudiéramos aspirar al Cielo; y además de esto, poniéndonos en medio de un jardin lleno de delicias, donde tu beneficencia derramó toda suerte de dones naturales y de gracia. Y todo eso ¡Dios mio! no bastó para mantenernos en tu amor, sino que, por el contrario, como si no te conociéramos, de esto mismo sacamos motivo para pervertirnos; de tal modo, que hasta deseábamos ocupar el sόlio de tu gloria. ¡Ingratitud, delito, monstruosidad! Pero no; basta. Bondadoso como eres, y Padre de infinita misericordia, quisiste socorrernos con la gracia de tu perdon; y enviando á la tierra á tu único Hijo, consubstancial á Ti, obraste en nosotros nuevas y más estupendas maravillas, redimiéndonos de la maldiccion eterna con su vida y su muerte dolorosísima de cruz; y poniéndonos en el seno de la Iglesia, que fundó con su propia sangre, en provecho nuestro, hasta la consumacion de los siglos; y procurándonos en ella un sinnúmero de medios para reconciliarnos contigo, cuantas veces pecaremos de nuevo, con los sacramentos, los ritos y las so-

lemnidades de tu culto; en fin, abriste en provecho nuestro todos los tesoros de tu infinita benignidad. Y á tantos milagros de amor hemos correspondido con negra ingratitud. ¡Ah! llénate, alma mia, de vergüenza y de confusion, indigna, como eres, de mirar al Cielo. Mas, si en tu confusion te humillas y confiesas tu pecado, Dios amoroso te abrirá otra vez los tesoros de sus gracias y de sus misericordias. Así SEA.

DIA DIEZ Y SEIS.

LA RESIDENCIA EN AIN.

Mansit Maria cum illa quasi mensibus tribus.

Detúvose María con Elisabeth cosa de tres meses.

(Luc. I, 19.)

Dios crió al hombre para que fuera feliz, y por eso lo constituyó rey de toda la naturaleza en el jardin del Eden, lugar de todas las delicias, donde cuantas maravillas existen en la tierra resplandecian siempre con nueva y más espléndida magnificencia. ¡Ah! si el hombre hubiera conservado la inocencia y la justicia de que le había revestido el Señor (1)! Solo con eso, atendido el fin de su creacion, todas las cosas le hubieran servido como de gradas para elevarse al Criador; más aún: en cada una de ellas, desde las estrellas más encumbradas del firmamento, hasta el humilde riachuelo que se oculta bajo las yerbas del valle, hubiera visto y admirado su hermosa imágen, y suspirado por él con todo el transporte de su corazon. Mas ¡ay! el infeliz pecó; y la culpa ofuscó de tal suerte su inteligencia, y pervirtió de tal manera su voluntad, que, perdiendo

(1) GEN. I, 15.

la divina luz de lo verdadero, y arrastrado por sus sentidos hácia la tierra, hallóse sumido en tal abismo de tinieblas, que no pudo ménos de estremecerse de horror, bien que ya casi no se reconociera á sí mismo. ¡Desdichada criatura! ¿qué se ha hecho de tu bienaventuranza? dónde está aquella dulce sonrisa que atestiguaba la alegría de tu corazón, y en cuya aura gustabas, anticipadamente, las delicias del Paraíso? Y ahora ¡miserable de tí! ¿quién te proporcionará el medio para hallar de nuevo el Criador que perdiste, para volver á unirte á Él con los vínculos del amor y de la paz? Consolémonos, empero, hermanos míos; la Redención nos lo ha procurado; así es, que el universo, el cual se presentaba como un horrible desierto á los ojos del género humano, que gemía bajo la maldición divina, ahora se aparece á nuestras miradas revestido de su primitiva belleza; y con tal que nosotros procuremos conservar, por nuestra parte, nuestro corazón en la inocencia readquirida por medio de los sacramentos, el cielo, el mar, la tierra y todas las cosas criadas, vuelven á hablar á nuestra alma el sublime lenguaje del divino amor. ¿Y qué dicha la de gozar de tan supremo privilegio? De este misterio de amor voy á ocuparme esta noche; contemplaremos á María durante su residencia en casa de Elisabeth, en los montes de la Galilea. Pidamos ántes la gracia: A. M.

Ayer dejamos á la Virgen en la casa de su querida prima Elisabeth en los montes de Hebron. Según una tradición, María permaneció allí, por espacio de tres meses, en el fondo de un valle sombrío y fértil, poco distante de la ciudad, en el cual, Zacarías, según la costumbre de los Hebreos, tenía su casa de campo (1). Ahora bien; para que nosotros podamos formarnos una idea de la clase de trabajos ó faenas en que María se ocupó durante ese tiempo, preciso es conocer en qué consistía la belleza de aquella tierra clásica, bendecida por el Señor de un modo tan extraordinario. Figuraos, pues, una série de pintorescos montes, escalonados gradualmente, y que os ofrecen la más bella perspectiva. Un cielo despejado y sereno por la mañana, como la sonrisa de Dios, y coronado de noche por estrellas tan resplandecientes y en tal profusión, cual si fuera el pabellón de la gloria de Jehová. Bosques frondosos, colinas deliciosas, arroyuelos que con murmullo se precipitan en los valles; riachuelos que discurren por la llanura, pausados y fecundos; y, finalmente, el mar de la Siria, cuyas olas, ora suavemente encrespadas besan amorosamente

(1) Viag. de G. C.

sus orillas; ora azotadas por los vientos, elévanse tumultuosas, ofreciendo una sublime imágen del poder del Criador del universo. A la vista, pues, de aquel paisaje admirable en todos sus detalles, y armonizado con arte tan supremo, donde todo era bello, grandioso, maravilloso y divino; las yerbas, las plantas, las flores, las mariposas, el aire, la luz, y los astros, destinados á cruzar en medio del silencio nocturno los inmensos espacios del firmamento; ¡oh! cómo el alma tierna y sublime de María debía de elevarse y enternecerse, derramando en presencia de su Dios lágrimas de amor purísimo y divino! No, no nos alejaremos de la verdad, si nos la imaginamos con los ojos elevados humildemente al Cielo, y exclamando: ¡Cuán grande eres Tú, oh Dios mío! cuán grande eres y poderoso en las obras de tu diestra! Tú mandas á la estrella de la mañana, y ella, temblando graciosamente, aparece para embellecer con sus encantos el firmamento. Das tus órdenes á la aurora, y ésta, candorosa y sonrosada, asoma para derramar sus primeros albores sobre la tierra. Das tu mandato al relámpago, y éste despréndese centellante del seno de las nubes; hablas al rayo, y éste, esparciendo siniestros fulgores, cae para herir las elevadas cimas de los montes; diriges tu voz al trueno, y éste, retumbando por los aires, hace estremecer profundamente los valles vecinos y los lejanos. Empero, Tú, no solo eres grande y poderoso; eres, además, infinitamente bueno; tan bueno ¡oh Dios mío! que el corazón no puede dejar de amarte. Tú otorgaste el don de la sabiduría al hombre; el instinto al bruto; y á todas las criaturas, aún á aquellas que carecen de razón, la facultad de sentir cada una de ellas, según su naturaleza y su especie, la armonía que, juntamente, conforme á tus órdenes, debían formar el universo. No basta; Tú, cual Padre amoroso y benéfico, incesantemente socorres y provees á sus necesidades. Tú empollas el huevo del avestruz en la arena del desierto; velas el behemot cuando se adormece en medio de los rústicos cañaverales á la sombra de los sauces, á lo largo del torrente; y preparas y suministras el sustento á los pollitos del cuervo, cuando aún impotentes para remontar el vuelo, levantan sus graznidos hácia Ti, y luego, cuando crecidos, divagan errantes y hambrientos por los campos. ¡Cuán bueno eres Tú, pues, oh Dios mío! ¡Ah! yo siento tu bondad, tu tierna é inmensa bondad en los latidos de mi corazón! De esta suerte, pues, mis amados hermanos, arrebatada su alma en sublime éxtasis de amor, María expresaba los tiernos afectos del corazón á su Criador, invitando al universo entero á ensalzarle y bendecirle con ella.

Y en esto consiste la sabiduría verdadera, en elevarse, como dice

San Pablo (1), desde la belleza de las cosas visibles, hasta el conocimiento y el amor de las invisibles; las cuales todo aquel que tiene fe se complace en contemplar acá en la tierra, y que veremos y admiraremos claramente por toda la eternidad en el Cielo. Si nuestro corazón permanece insensible á la vista de la obra portentosa de la creación es, porque encenagado nuestro corazón en el lodazal de viles amores, nos hemos convertido en viles esclavos de nuestras pasiones; y nuestro pensamiento ya no se eleva hácia Aquel que todo lo sacó de la nada, y puso en la creación tanto orden, y tanta belleza, que ella sola basta para probarnos su existencia. ¡Ah! una vez sumida el alma en el lodazal de la culpa y sin pensar jamás en purificarla en las aguas saludables de la penitencia; ¿cómo queremos ver la luz purísima del Cielo y gustar la suavidad del amor divino? Empero, no sucedió así, respecto de las almas de los Santos; que yo, por el contrario, debo llamar naturalmente sensibles y aún noblemente sublimes; las cuales en todas las cosas, aún las más insignificantes, veían con los ojos de la fe, y hallaban poderosísimos motivos para elevarse á Dios y ensalzar su bondad, su sabiduría y su gloria, adelantando siempre más en su santo y perfecto amor.

Ved sinó á David, que á la vista de las criaturas, siente su alma conmovida por tantos y tan poderosos afectos, que, tomando en sus manos el arpa, invita á las estrellas, las lluvias, los rocíos, los vientos, las tempestades, los calores del verano y los hielos del invierno; los montes, los valles, las yerbas, las flores, los ríos y las fuentes, á entonar himnos y cánticos de alabanza al Criador (2). Hé aquí, igualmente, al meliflúo Bernardo, que á la vista de una flor de los campos siente enternecerse su alma, hasta el punto de derramar lágrimas de amor. Tierno, además, sobre toda ponderación, y admirable, ofrécese á vuestras miradas mi patriarca san Francisco, el cual ama en Dios y con tal ternura á los corderillos, las tortolillas, las alondras, las golondrinas y cuantas otras agraciadas criaturas existen en el universo, que no acierta á darles otro nombre que el de hermanos y de hermanas, deseando que se unan á él para cantar las glorias de su Señor (3), que lo es al mismo tiempo de todas ellas.

Volviendo ahora á ocuparnos de la santísima Virgen, creo conveniente deciros, que detrás de la deliciosa granja del gran sacerdote Zacarías, donde ella permanecía, extendiase un ameno jardín, por el estilo de aquellos que se veían entre los persas, llamados paraísos;

(1) ROM. I, 20.

(2) PSALM. CXLVIII-IX-I.

(3) Floretti, etc.

cuya idea los israelitas tomaron de los pueblos de Ciro y de Semiramis; y al regresar del cautiverio de Babilonia la introdujeron en su propio país. Pues bien; en dicho jardín había árboles bellísimos á la vista, preciosos céspedes coronados de lindísimas flores, olorosos naranjos y otras muchas plantas bellas y fructíferas, las cuales, regadas por cristalinos riachuelos, que se deslizaban por debajo de las pendientes ramas de los sauces, llenaban los aires de la más agradable frescura. Allí, pues, Elisabeth y María, esas dos candorosas almas, enteramente ocupadas en los trabajos propios de su sexo, pasaban sentadas las más bellas horas del día en tiernos coloquios. ¿Quién pudiera decirnos jamás la santidad de que rebosaban las domésticas é íntimas conversaciones entre María, adornada con los rayos de su inocencia, joven, sencilla, ignorante enteramente del mal, como Eva en el Eden, apenas salida de las manos de Dios; y Elisabeth, llena de años, contenta con el tenor de su vida, y dotada de larga experiencia sobre todas las cosas de este suelo; ambas santísimas y objeto de las más tiernas complacencias de Dios? Ciertamente no nos engañaremos creyendo, que la Virgen recogiese con el mayor cuidado todas las palabras y sentencias de su amada prima, depositándolas como un tesoro en el fondo de su corazón.

Hé ahí, pues, un bello ejemplo para que vosotras, jovencitas, léjos de mirar con indiferencia, y hasta con desprecio, como se acostumbra en nuestros días, las palabras, bien sea de vuestra madre, bien de las venerables ancianas de vuestras casas, que con sábios consejos os guían por la senda del bien, considereis, por el contrario, sus amonestaciones como sagradas, y aún como beneficios del Cielo, para sacar de ellas el provecho debido, á fin de que os sirvan de sabia regla para ordenar vuestra vida. Harto sabido es, que la experiencia es la madre de todo bello y útil saber, y que merced á ella, son consideradas como autorizados oráculos las instrucciones y las sentencias de los ancianos. Empero, al mismo tiempo, es menester, que las mujeres, al llegar á la veneranda edad de la ancianidad, imiten á Elisabeth, ofreciéndose á los ojos de las jóvenes como modelos de virtud y de sabias enseñanzas; que no sean locuaces, regañonas, propensas á la murmuración; sinó más bien con noble gravedad, muéstrense prudentes y cautas en todas sus palabras, santamente severas en todas sus acciones, sin dejar de ser siempre amables, para inspirar el amor y ganar los corazones. Sin embargo, ¡cuán raro es encontrar en nuestro siglo tales ejemplos! Hoy, por el contrario, tenemos que ruborizarnos y estremecernos, con harta frecuencia, al ver que los ancianos se hacen maestros de iniquidad y de

escándalo. ¡Ay! y mil veces ¡ay! de vosotros, ancianos, indignos de nombre tan venerando, que haceis befa de la inocencia en medio de la sociedad cristiana, cuando debierais edificar con toda suerte de ejemplos de piedad y de sabiduría; procurando imitar también vosotros, ancianas, aquellas venerables matronas y aquellos varones virtuosos, cuyos gloriosos hechos habeis oido referir tantas veces, ó cuyas vidas santas y edificativas habeis visto con vuestros propios ojos.

Volviendo ahora á la historia de María, que con su querida parienta Elisabeth se recrea entre los deliciosos objetos de la granja de Zacarías, en Ain, bueno será que sepais, como al caer de la tarde, cuando la luna principiaba á derramar su candorosa luz por entre el verde ramaje de los árboles y los pámpanos de los frescos emparados, ambas disponíanse, segun costumbre de los Hebreos, á tomar el refrigerio de la cena, bien fuera debajo las extendidas ramas de alguna higuera, ó á la sombra de los elevados y frondosos sarmientos de alguna vid (1). Dicha cena consistía, las más de las veces, en un cordero engordado con las yerbas aromáticas en el vecino monte, ó en un cuarto de cebado cabrito, ó en peces del mar de Sidon, con un panal de miel silvestre hallado en el tronco de alguna secular encina; y además, dátiles de Jericó, albaricoques de Armenia, melocotones de Alepo y pepinos de Egipto, bien acondicionados en verdes y primorosos cestillos tejidos con hojas de palma. Coronaba la campestre cena un sorbo de vino de los collados de Engaddi, que el mayordomo del príncipe de los sacerdotes, segun la costumbre hebrea, tenia reservado en una ánfora de piedra (2), servido en limpidos vasos, que llenaban domésticas de jovial carácter. Y ahora considero casi ocioso el hablaros de la compostura que guardaban los Hebreos en la mesa, siendo tan sabida como es la gravedad de las costumbres orientales, aún en nuestros dias. Básteos saber, pues, que toda comida ofrecía un espectáculo imponente de sencillez, de modestia y de social templanza, cual convenia á personas patriarcales. Por lo tanto, ya podeis imaginaros cuán bella y digna de veneracion, por su noble comedimiento en los ademanes y las palabras, debía aparecer María en tales actos. En efecto; en tales circunstancias la hubierais admirado con su vista recogida, con sus lábios y su rostro aparentando una franca jovialidad, satisfecha con tomar alguna que otra fruta, ó lacticio, y apagar su sed con el agua de la vecina fuente.

Hé ahí, pues, una compostura que convendría en gran manera fuese imitada por las mujeres de nuestros dias; las cuales, mostrán-

(1) Fleuri: *Costumbres de los Hebreos*.

(2) Niebhur. *Viag. en Arab*.

dose demasiado esquivas respecto del trato social, nos ofrecen en sus modales algo de salvaje, resultando de ahí el ridiculo para nuestra Religion; como si ningun caso hicieran de la verdadera civilizacion, es decir, de la civilizacion cristiana; ó demasiado libres, no se ruborizan de usar ciertos ademanes y ciertas palabras que huelen á garito. Empero, entre unas y otras, es preferible verlas tímidas é ignorantes de los usos admitidos entre la sociedad, que descaradas y disolutas. Preciso es no olvidar, en esta parte, que la mujer no fué criada, ciertamente, para el recreo de los libertinos, sinó para ser entre los hombres tipo y modelo de modestia, de honestidad, y de santo recato, donde quiera que ella se encuentre. Si la mujer se conduce de otro modo, no puede dejar de infundir sospechas respecto de su virtud, y ser ocasion de escándalo y de ruina. Tampoco la amabilidad consiste en la ligereza de carácter, sinó en el pudor, en la decencia de los modales, en la delicadeza, y casi estoy por decir, celosa custodia del propio corazon; á semejanza de una flor, la cual es tanto más bella y preciosa, cuanto más oculta se halla entre la espesura de las hojas, y protegida por las espinas que la circuyen; y por el contrario, con solo arrancarla de su tallo, y hacerla pasar de mano en mano, pierde todos sus encantos. Ni sirve tampoco para justificaros el alegar cual excusa, la malicia y la refinada astucia de los hombres; eso quiere decir, que cuanto más licenciosos y descarados sean ellos, tanto más la mujer debe contenerse dentro de los límites de la reserva cristiana, procurando, en vez de satisfacer su propia vanidad, inspirar con su conducta sentimientos de respeto, de aprecio y de veneracion.

Tal fué, pues, mis amados hermanos, la vida de María en los tres meses de residencia en Ain con Elisabeth, donde esperó para asistirle hasta el nacimiento del Bautista, el predestinado precursor de su Hijo Jesucristo. Despues de dicho suceso, María, obedeciendo á nuevos designios de la Providencia, volvió á Nazareth. Cuáles fueron las bendiciones que la Virgen atrajo del Cielo sobre la familia sacerdotal durante su residencia en medio de ella, mejor podeis imaginarlo vosotros mismos, que yo manifestároslo. Si el Señor bendijo á Obededom y á cuantas cosas le pertenecian por haber dado acogida en su casa al Arca que contenía las tablas de la antigua ley (1); ¿qué no haría respecto de Zacarías, por haber hospedado tan generosamente á María, que llevaba en su seno al eterno Verbo divino, encarnado en él para la redencion del universo? Básteos saber para el caso,

(1) II. REG. VI.

como dice san Ambrosio, que la pureza en la cual vivió siempre el Bautista, fué efecto de la gracia y la unción del Espíritu Santo, derramada sobre su alma con la presencia de la Virgen, hecha Madre de Dios. Siendo ello así, ¿por qué, pues, no hemos de procurar obrar de manera, que la santa Madre del Señor habite continuamente en nuestras moradas, y dentro de nuestros propios corazones? ¡Oh! qué gozo no experimenta el corazón en el cual habita María! ¡Oh! cuán dichosas no son aquellas familias en las cuales ella reina con su hijo Jesucristo! El milagro que se obró en el hijo que Elisabeth llevaba en su seno, verificase también, en cierto modo, en esas familias afortunadas; sus tiernos hijos sienten los santos influjos de la Madre divina y del fruto bendito de su seno; y esos influjos fecundan admirablemente la gracia que ellos recibieran en el bautismo.

¡Oh Virgen bella, y la sola en el mundo sin ejemplo, que con los esplendores de tu belleza llegaste á enamorar el Cielo! ¡Oh María, templo vivo y purísimo de virginidad, milagrosamente fecunda del Hijo de Dios! ¡Ah! desciende de nuevo del Cielo sobre esta miserable tierra; desciende, y á tu sola aparición, ante la luz que se desprende de tu rostro celestial, ante la fragancia que se exhala de tu inmaculado seno, donde se oculta el Rey de la gloria, se disiparán todas las tinieblas del error que nos rodean por todas partes; y ningún imperio ejercerán sobre nuestro corazón las impuras emanaciones de Satanás; y sin otro recurso nos hallaremos de nuevo en el aura de la inocencia y de la felicidad, que, aún acá abajo, nos hace santos é inmortales. Sí, ven ¡bella Virgen de Nazareth! tierna Madre del Salvador; ven, puesto que también nosotros, á imitación de Zacarías y Elisabeth, poseídos de admiración ante tus sublimes merecimientos, te trataremos con profunda reverencia, postrados á tus sagradas plantas, ahora, y siempre, hasta el último instante de nuestra vida, esperando poder continuar nuestros homenajes en el cielo, en medio de los cánticos de la eterna bienaventuranza. Sí, cariñosa María, desde hoy en adelante, queremos ser enteramente tuyos, y vivir bajo el poderoso manto de tu patrocinio; siempre ocupados en amar y practicar la virtud bajo tu benigno y sábio magisterio, guiados por la luz de tus divinos ejemplos. ¡Ah! ven, pues, repito, sin atender á la miseria del lugar en que vivimos, ni á nuestra indignidad. Ven, y con los celestiales encantos de tu rostro, atraénos á la virtud, á la inocencia, á la felicidad, y á la vida verdadera de la gracia, de la cual Tú eres, entre todas las criaturas, el modelo y el esplendor. Ven ¡oh María! que nosotros queremos ser tuyos, enteramente tuyos, mientras permanezcamos en este miserable destierro, para ser luego

tuyos en el cielo; y cantar allí por los siglos de los siglos las divinas misericordias con los celestiales coros de los Angeles. Así SEA.

DIA DIEZ Y SIETE.

MARÍA RECONOCIDA MADRE POR JOSÉ.

Joseph vir ejus, cum esset justus, voluit occulte dimittere eam.

José su esposo, siendo, como era, justo, deliberó dejarla secretamente.

(MAT. I, 19)

Háse dicho, y es ciertísimo, que la historia de los Santos, cualquiera que haya sido su condición y la misión que recibieron del Cielo, debe llamarse la historia de los padecimientos, de las tribulaciones y de los dolores; empero, dolores, tribulaciones y padecimientos que les merecieron una corona inmortal. Dicha verdad es, sin embargo, para muchos un misterio inexplicable; porque no comprenden, siendo tan fácil comprenderlo, que el hombre, tan poderosamente inclinado á la tierra por su viciada naturaleza, jamás elevaría sus ojos al Cielo, donde se halla su verdadera felicidad, si Dios, con su misericordia, no le diera á conocer por medio de las amarguras y las tribulaciones la nada de esta miserable vida. Hé aquí un ejemplo de ello. ¿Creemos, por ventura, que Job, hubiera alcanzado aquel grado de virtud, por el cual, mientras dure el universo, se nos ofrecerá cual modelo del heroísmo que vale al hombre la admiración del Cielo y de la tierra, si despojado de todos sus bienes, privado de sus hijos, hecho blanco de las iras de su mujer y de las befas de sus amigos, y cubierto todo su cuerpo de asquerosas llagas, desde los pies hasta la coronilla de la cabeza, no hubiera bebido con sublime resignación, con aquella resignación que le eleva infinitamente sobre todos los más famosos héroes de la historia, el cáliz de una tribulación, de la cual no es posible hallar otro ejemplo? Sin ese carácter distintivo de los